

tempestad sorda rugia contra el Sr. Márquez á quien sus subordinados inculpaban de tantos descalabros y de las horribles penurias que sufrieran; los corrillos de los jefes y oficiales, y las amargas lamentaciones de la tropa, hacian oír á cada paso el nombre de su desgraciado general; y las quejas de todos, expuestas con desesperacion, probaban hasta la evidencia que el Sr. Márquez era impopular en el ejército, y que, al ménos por entónces, era muy difícil conciliar un tan violento estado de cosas. Yo, para lograrlo, hice cuanto pude: hablé á muchos jefes para calmarlos, y eché mano de mis escasos recursos para auxiliar á una tropa llena de necesidades.

El enemigo fugitivo de Iguala, fué á tomar posesiones al pueblito de Teloloapan, situado en una eminencia muy ventajosa: allá fuí á hostilizarlo, llevando además de las mias, las fuerzas todas del Sr. Márquez, que tambien llegó despues al teatro de mis operaciones, reconocido por mí como jefe superior, pues esta consideracion jamás dejé de tenerla, aun cuando abrigase yo la íntima conviccion de que bastaba su mediacion en lo más leve, para que sus resultados fuesen del todo negativos. Nos hallábamnos al frente del enemigo hostilizándolo hasta donde lo permitia el número de nuestras fuerzas y la escasez de municiones, cuando repentinamente se presentan en auxilio de los sitiados las tropas salidas de México y Toluca para perseguir al Sr. Márquez; la prudencia aconsejaba retirar, por nuestra inferioridad, como en efecto nos retiramos en el mejor orden; pero ántes de hacerlo, y siendo ya nuestra retirada una cosa resuelta y aprobada, el Sr. Márquez, por causas que él solo comprendiera, estendió un parte oficial, que por extraordinario envió á Iguala al Sr. general Zuloaga, noticiándole haber sido forzadas todas las posiciones del enemigo, obteniéndose la más completa victoria, y haciendo mencion de acciones heroicas que no habian tenido lugar. Esta nueva, dada de oficio, fué acogida con entusiasmo y festejada en Iguala; pero al tercer dia llegamos todos á dar fé de que aquello no era cierto, y que el parte era solo una suposicion. Aun recuerdo tan peregrina ocurrencia, y no acierto á referirla, bastando decir, para dar punto á la relacion de tan mal concebido ardid; que el rubor pintado en el rostro de todos, por el tremendo ridículo á que necesariamente los condenara el falsísimo parte del general en jefe, fué el inmediato efecto que produjera aconteci-

miento tan singular. El Sr. Zuloaga que dos dias ántes recibiera los cumplimientos oficiales, debidos á tan fausta y supuesta victoria, no pudo ménos, á pesar de su característica prudencia, de sujetar al Sr. Márquez á un severo interrogatorio, firmando en seguida la órden de su destitucion del mando, que yo no obstante mis empeños en favor de una persona á quien he profesado la mas sincera amistad, no pude impedir, así porque nada era conciliable con la suprema autoridad burlada, como tambien porque no habia otro medio de acallar la grito del ejército, que acogió con aplauso la enérgica resolucion del Sr. general Zuloaga.

Consecuencia de esta medida, muy sensible para mí, fué que en seguida de órden superior, me recibiese del mando en jefe, y con esta investidura que yo rehuse cuanto me fué posible, emprendí inmediatamente mi marcha en direccion de San Gabriel; de donde forzando las jornadas para esquivar todo encuentro por el mal estado de las tropas, me dirigí al pueblo de Chietla, incorporándome en el tránsito los generales Montaña y Acebal con sus respectivas fuerzas y algun parte, cuyo auxilio vino muy oportunamente, por la falta total de este efecto, que yo sufría desde mi retirada de Teloloapan.

He querido entrar en todos estos detalles, para demostrar á qué circunstancias se debió, que el ejército que estuvo á las órdenes del general Márquez viniese á quedar á las mias, y que este señor viniese á quedar relevado del mando. Debo advertir, que despues de las setecientas bajas de la sorpresa en el monte de Huisquilucan, las ocurridas en el sitio de Teloloapan y en las marchas forzadas hasta Chietla, lo que quedaba de las fuerzas con que llegó el Sr. Márquez hasta Iguala apenas haria la pequeña cifra de 600 hombres, todos de caballería, mal armados y peor montados.

En la hacienda de San Nicolás, en camino para Chietla, los Sres. Zuloaga y Márquez, recibieron por la vía de la capital, correspondencias de Don Juan N. Almonte, invitándolos á desistir del plan de Tacubaya que hasta entónces habian defendido, y proclamar el que remitía adjunto, que sin contener ninguna idea política, ni de porvenir para la República, se concretaba al solo reconocimiento de su persona como jefe supremo de la nacion, cual se resolvió á titularse por sí y ante sí, desesperado sin duda de que nadie se cuidase de proclamarlo. Entiendo que

aquellos señores á nada se comprometieron, y aún del Sr. Zuloaga puedo afirmar que contestó con dignidad. En cuanto á mí, séame permitido confesar, que recibí mal, malísimamente, tanta audacia para pretender la suprema magistratura, sin más mérito que venir de lejos á la sombra de armas extranjeras, y esto así de un modo como si se tratara de un rebaño, que va á la voluntad del que lo lleva, pues á tal equivale la peregrina ambicion de Almonte, que muy pronto ha olvidado, que en la República no se llega á los altos puestos de Estado si no es por medio del sufragio, ó por el prestigio del valor que popularizan en el ejército y el pueblo, al que favorecido por la fortuna hace brillar su espada á través de todos los riesgos de la guerra; y es preciso convenir en que, en ninguno de estos casos puede citarse el casi ignorado nombre de Almonte.

Vuelvo á mi interrumpida relacion, para llegar cuanto ántes á lo que me atañe personalmente.

Al dirigirme á Chietla, á marchas dobles, como dejo dicho, logré burlar la persecucion del enemigo, que reforzado considerablemente, se desprendió de Teloloapan luego que yo levanté el campo, y vino á colocarse á retaguardia de mis fuerzas, siguiéndole: la pista: supe sobre la marcha que el Lic. Alatrisme con dos brigadas de tropa irregular, se encontraba en Izúcar de Matamoros, poblacion que me convenia muchísimo ocupar, para ponerme en contacto con la ciudad de Puebla, donde contaba con no pocos elementos, y que á la vez el Sr. general Zuloaga pudiese comunicarse más fácilmente con Almonte, cuyo programa político deséabamos conocer para establecer nuestra línea de conducta, decididos como siempre lo estuvimos á salvar á todo trance el decoro y dignidad de la nacion. Este era nuestro sentir, así se lo explicaba tambien el Sr. Márquez.

El general Montaña me confirmó la noticia de estar bien guarnecido Izúcar, añadiendo que Alatrisme, con una brigada de todas armas, habia salido de allí en busca mia, y en combinacion con las otras fuerzas que no consiguieron darme alcance. La combinacion no podia ser mejor, y á haberse logrado, tal vez habriase sufrido un descalabro que en aquellos dias hubiera sido irreparable; pero la Providencia dispuso las cosas de distinto modo. Alatrisme se encontró solo y amenazado por una brigada de caballería que le destacó en observacion, marchando yo, sin pérdida,

de instantes con el grueso del ejército, á practicar un escrupuloso reconocimiento de la plaza de Izúcar, que encontré en perfecto estado de defensa; procedí en seguida á varias operaciones de sitio, y despues de varios y sostenidos tiroteos, logré al siguiente dia reducir al enemigo al solo punto de Santo Domingo, cuya iglesia y convento, además de su posicion por sí sola defendible, tenia en todo el perímetro obras exteriores hábilmente repartidas, de manera que aquello era una especie de fortaleza, tanto mas difícil de tomarse, cuanto que yo carecia de artillería competente y de calibre para abrir los fuegos. Sin embargo, me resolví al ataque que se emprendió con un brío digno de elogio: las columnas partieron al paso veloz con el arma embrazada; pero al llegar al pié del edificio despejando á viva fuerza el cementerio, no pudo penetrarse por parte alguna al interior, y hubo necesidad de retroceder un poco para cubrir nuestras filas del fuego mortífero que impunemente las diezaba, permaneciendo en tal estado para intentar en la noche una operacion atrevida. En estas circunstancias, bien críticas para mí, pues conocia lo resgoso de permanecer de tal modo muchas horas, se presenta Alatrisme con ánimo de proteger á los sitiados de Santo Domingo, que viendo les llegaba auxilio cobraron aliento considerándose salvos.

Solo una resolucion enérgica podia sacarnos de tan apremiante situacion, sin pensar en retirarse, porque esto habria ocasionado nuestra ruina; el peligro acrecia, y la tropa que sitiaba á Santo Domingo iba desmayando, por lo que me resolví á tomar la iniciativa vigorosamente sobre dicho Alatrisme, ocupando todas mis reservas de caballería, pues de la infantería no podia tomar nada sin exponerme á perder lo hasta entónces aventajado: mi nuevo plan concertado en medio de circunstancias delicadísimas, fué bien comprendido y mejor ejecutado por los distinguidos jefes á quienes encomendé la carga, doblemente dificultosa, por la clase de terreno en que tenia que maniobrarse, sembrado por todas partes de malezas y peñas enormes, siendo por esta causa casi impracticable á los caballos; así es que los primeros ataques, tan rudos como costosos, ningun éxito nos proporcionaron, y desesperados de no hacer nada, se volvió á la carga con la decision y arrojo que inspiran ciertos instantes supremos de la guerra, obteniéndose despues de una sangrienta refriega la más completa victoria

y quedando en posesion nosotros del campo tomado á viva fuerza, con un sin número de prisioneros, piezas, parque y hasta su jefe, el Lic. Alarista en nuestro poder. En la noche de este dia se entregaron por capitulacion las tropas que defendian á Santo Domingo, y hé aquí como al cabo de tantos reveses y sufrimientos que lo redujeron á la nulidad, el ejército reaccionario bajo mis órdenes, recobró en la opinion su perdido prestigio, y obtuvo un respiro tal en todas sus necesidades, que en corto tiempo llegó á elevarse á un grado de adelanto moral y material que hasta entonces no habia conocido. Consiguientemente la faz de la reaccion cambió tambien de la manera más completa y satisfactoria; y el gobierno demagogo que antes de esto sólo habia visto fracciones irregulares sin sujecion ni disciplina, lo que le hacia asegurar á los aliados que el partido reaccionario no existia, se encontró cuando ménos lo esperaba y en la fecha en que contaba tenerlos aniquilados, con un cuerpo de tropas respetable y temible por su número y por el partido que iba ganando en el concepto público, debido á la rigurosa disciplina que desde luego se puso en vigor, y á la conducta siempre honorífica de los dignos jefes colocados al frente de ellas. El gobierno de Juárez reconoció su impotencia, y no se atrevió á seguir hostilizándonos, dejándonos en una especie de tregua que yo supe aprovechar con usura: en pocos dias Matamoros, Chiefta y Atlixco con sus numerosos cuarteles y sus talleres, en que sólo se trabajaba para el ejército, y sus vastos campos en donde las tropas se adiestraban en ejercicios doctrinales, presentaban un aspecto meramente militar é imponente: ya no sufría el soldado el hambre y la desnudez que antes le abatiera, sus necesidades se atendian con regularidad y sus filas se multiplicaban de dia en dia: las guerrillas se iban reuniendo y tomando estandartes como cuerpos reglados; en una palabra, era otro del todo distinto, el nuevo orden introducido en el ejército; y otros tambien los medios de subsistencia que sustituyeron á los odiosísimos de que hasta entonces se habia echado mano para subvenir á los gastos de la guerra. En proporcion á este adelanto material, el espíritu casi perdido se habia fortificado y sea dicho en honor de la verdad, mientras la discordia no vino enviada por D. Juan N. Almonte, jefe supremo, &c., á desgarrar tantos y tan brillantes elementos reunidos á costa de mil esfuerzos, tan sólo se veia allí, adonde

estaban los bravos defensores de la reaccion, un noble estímulo por el progreso y brillo del ejército, una vehemente aspiracion de salvar la patria.

Durante este interregno, D. Juan N. Almonte siguió escribiendo á los Sres. Zuloaga y Márquez, y aun se supo extra-oficialmente que iba á enviar una comision á dar las explicaciones pedidas: pero esto no tuvo efecto, y en tales circunstancias recibimos la noticia de haber reforzado las Cumbres de Acultcingo el ejército frances: esta nueva fué acogida con visibles muestras de pesar en el ejército reaccionario; yo tambien lo sentí, lo digo con franqueza, y si hubo alguno que se alegrara, tal vez fué á dar expansion á su regocijo antipatriótico á los oscuros rincones de su alojamiento, temeroso de hacerlo en público. Yo, al ver aquel rasgo del más puro patriotismo, no pude ménos de elogiarlo; me asocié tambien á la opinion de muchos, sobre que los franceses no habian sido leales en sus convenios de la Soledad: y faltar entre militares á lo que se estipula en un campo intermedio, es faltar á las leyes del honor, incurriendo en una nota muy bochornosa: aludo al hecho de no haberse vuelto los franceses hasta Paso Ancho, repasando las posiciones del Chiquihuite, que debian quedar libres, con arreglo á los convenios de la Soledad, para el caso en que las negociaciones no se efectuasen, como sucedió. Pues bien: todo esto fué muy mal recibido en el ejército de la reaccion, se comentó como era natural, y se pensó sobre lo que habria que esperar para el futuro de hombres que tampoco se cuidan del cumplimiento de su palabra.

Ahí está D. Juan Almonte, decian algunos, ¿qué hace en el campamento extranjero, cuando mejor le estaria venir aquí? Se me invitó á que le llamara, y yo le manifesté al Sr. Zuloaga, así como el estado de la opinion, que ansiaba por tener una prueba evidente de ser falsa la especie de que se trataba de traer al país al archiduque Fernando Maximiliano, porque muchos lo decian, si se pretende imponer al país el yugo extranjero, nos oponderemos á ello defendiendo la patria á costa de toda nuestra sangre. Recíbese una proclama de Almonte, fechada en Córdoba, y los ánimos se aquietan, pues vése en ella el ofrecimiento de que las tropas francesas traen á la República una mision benévola, proteger el libre voto y ayudar á todós á establecer un gobierno que fuera la expresion legitima de los mexicanos; pero de esto á lo que con asombro hemos

visto despues, hay una distancia enorme. D. Juan N. Almonte hace subplantar una acta en Córdoba, tomando firmas que desmienten en seguida los interesados, y se proclama á sí mismo: "jefe supremo de la nacion...." ¡Oh descaro sin ejemplo! Muchos absurdos habiamos visto en las repetidas revoluciones de la República, pero uno tan estupendo como éste, sólo estaba reservado.... ¿á quién? ¡A D. Juan N. Almonte! Mas, culpemos de todo esto á la humanidad, siempre débil, y sigamos adelante.

El ejército frances llega frente á Puebla, y se dispone el ataque de los puntos avanzados, Loreto y Guadalupe: en concepto de Almonte, no hay para qué dudar del éxito de la operacion, y nos escribe, al Sr. Márquez y á mí, previniéndonos nos colocásemos con las fuerzas mexicanas de la reaccion en el camino de la capital de México, para recoger dispersos y completar el triunfo de los franceses que él creía seguro. Todas estas comunicaciones, si no eran públicas, al ménos no se reservaban tanto que no llegasen á oídos de los jefes y aun de los oficiales subalternos, pues en circunstancias tales no hay quien no esté á la expectativa de lo que sucede; así, pues, el llamamiento para recoger dispersos, fué sabido al instante en el cuartel general, y juzgado por todos como una ofensa. Nosotros habiamos combatido infinitas veces, las más con desproporcion, y aunque poco afortunados, nunca dejamos de portarnos con honor; entiéndalo bien Almonte: jamás se dió entre nosotros el triste caso de llegar á destiempo á arrebatar triunfos agenos, pues que mutuamente, cuando ha sido necesario, nos hemos protegido participando por igual todos de los riesgos.

La pésima impresion que causara la torpe ocurrencia de Almonte, llegó muy pronto á noticia del Sr. Zuloaga, quien prudentemente le dijo que aquello no convenia, insistiendo en que cuanto antes formulase un programa político en sentido conservador, sin mezcla de monarquía extranjera por la que nadie opinaba; que desmintiese ésta especie por medio de un manifiesto, dando á la República las seguridades necesarias respecto de que la Francia no venia con miras interesadas: que todo esto era preciso hacerlo al instante, para que el ejército de la reaccion, visto el programa, se decidiese, si le convenia, á sostenerlo, así como tambien el partido que representaba la contienda, el cual, por falta de explicaciones francas y leales,

observaba cierta abstencion y ciertos temores de que el ejército participaba igualmente; y Almonte nada contestó á tan justísima y patriótica demanda.

Los franceses emprenden sus operaciones sobre Puebla, y son rechazados en el cerro fortificado de Guadalupe, sufriendo pérdidas de consideracion en bajas de muertos, heridos y prisioneros: su general en jefe no intenta una nueva acometida; retrocede con todo su material hasta Amozoc; permanece allí dos dias, y continúa en seguida su contramarcha hasta Orizaba.

A la vez que todo esto sucedia, se recibian en nuestro cuartel general invitaciones del ministro de Juárez, D. Manuel Doblado, para que tomásemos parte en la defensa comun: fué el primero á quien escribió sobre esto, al general D. Leonardo Márquez, que tuvo la necesidad de enseñarnos al Sr. Zuloaga y á mí la carta recibida; la cual, segun recuerdo, se referia á cierta conferencia que el mismo Sr. Márquez solicitó de aquel, meses ántes, cuando aun no era ministro y se hallaba de gobernador de Guanajuato. Antes de que nosotros diésemos opinion alguna, el Sr. Márquez expresó que convenia aprovechar tan favorable circunstancia para ganar tiempo y fortalecernos más, de modo, que llegado el caso de oír proposiciones, fuésemos nosotros quienes impusieran condiciones. Contestó, y nos mostró su carta, en que decia: que separado del mando como lo estaba, sólo podia responder á la invitacion que se le hacia, ofreciendo al Sr. Doblado toda clase de seguridad para que viniese á nuestro cuartel general á hablar conmigo, y que él cooperaria gustosamente á todo lo que tendiera á la union de los mexicanos, etc. Consecuencia natural de esto fué, que Doblado pensara en venir hasta Tetetla, y aun estuvimos preparados para recibirle dignamente; pero esto no llegó á efectuarse escribiéndome dicho señor, con la mira de que se celebrase un armisticio por ambas partes, que Atlixco se declarase punto neutral, y que nos reuniésemos allí para conferenciar: esta carta me fué entregada hallándome yo en cama gravemente enfermo, y teniendo en mi redor á los Sres. Zuloaga, Márquez y otros amigos, que discutiendo largo tiempo sobre la respuesta que habria de darse, se decidieron al fin por la opinion del Sr. Márquez, y en seguida se contestó: que el Sr. Doblado podia venir á nuestro cuartel general cuando gustase con todas las seguridades que ántes le

ofreciera sinceramente el general Márquez; que se le enviaba un amplísimo salvo conducto, y que respecto del armisticio, no se creía conveniente celebrarlo, entre tanto no se hablase verbalmente para mejor entenderse: esta es la sustancia de mi carta, y ésta la opinion del Sr. Márquez, que aprobada por todos, yo no hice más que adherirme á ella.

Poco despues del rechazo de los franceses en Guadalupe, se me anunció una comision del Sr. Doblado, de la que inmediatamente di noticia á los Sres. Zuloaga y Márquez, y con su acuerdo se les permitió el paso á los Sres. Arámbaro y Alfaro, que pusieron en mis manos la carta que los acreditaba y las instrucciones á que debian arreglarse. Muy pocas fueron las palabras que nos cambiamos, pues jamás quise por mí mismo proceder en asunto tan delicado, que no fuese con la aprobacion de los otros señores. Inmediatamente me trasladé al alojamiento del Sr. general Zuloaga, llevando conmigo al Sr. Márquez, que encontré al paso: dimos allí lectura á los documentos traídos por la comision, y por esa noche, todo se limitó á conversaciones más ó ménos amistosas, en las cuales el Sr. Márquez tuvo el primer lugar, como que á él era debido todo aquello, pues yo, acostumbrado á obrar con firmeza y por un camino recto en todas mis cosas, confieso que aquellas escenas me eran repugnantes, que hacia allí un papel forzado, y todo por condescender con los deseos del Sr. Márquez, que á cada paso me inculcaba la necesidad de *ganar tiempo*.

Sobre todas estas ocurrencias entiendo que en el vulgo corrieron varias versiones más ó ménos desfiguradas por algunos individuos, á quienes por su vandálica conducta se les habia despedido del ejército. Sin embargo, á nadie que preguntara respecto de tales negocios se le dejaba en duda, por el contrario, yo tenia gusto en manifestar los hechos con entera verdad, pues que no habia para qué ocultarla, y no es que yo temiese que alguno de los que intervenian en el asunto inspirase desconfianzas, porque el que más tenia acreditada con hechos su constancia y rectitud de principios.

Los comisionados del Sr. Doblado se despacharon al siguiente dia, y el Sr. Márquez, más que todos, se mostraba muy complacido de la manera como en su concepto se habia acertado en corresponder la mala fé que en Doblado es proverbial y su arma más favorita; porque sea dicho

de paso, ninguno de nosotros podia tener confianza del que alevosamente ha encajinado al patíbulo á muchos de nuestros compañeros, que tuvieron la desgracia de fiar en sus falaces amnistías, siendo el hecho de esta clase más reciente y horroroso, el de la muerte dada en Chalchicomula al malogrado cuanto ilustre general Robles Pezuela, á quien Doblado hiciera creer poco ántes que simpatizaban en ideas.

Los franceses seguian su marcha retrógrada y nada habia vuelto á saberse del Sr. Almonte, si no es una cosa que diré más adelante, y que solo se creyó porqué se tuvieron en las manos los datos autógrafos que lo comprobaban. El rechazo de Guadalupe no causó pena ni disgusto en nuestro cuartel general; por el contrario, se notaba en los más, cierta satisfaccion de orgullo nacional que á nadie de los que mandaban inspiró recelos. Aun tengo entendido que en Chietla, en alguna reunion de jefes, se brindó por el valor de los mexicanos al frente de un ejército que ha aspirado á preponderar en la guerra; y cuyas huestes, que ostentan con orgullo en sus pechos las glorias de Magenta y Solferino, fueron rechazadas y obligadas á retroceder en mal estado 34 leguas. ¡Y cómo podia yo no celebrar tambien una gloria que tocaba á la nacion y no á ninguno de sus partidos? Lo repito, de todo esto me sentia regocijado y me felicitaba de ver el mismo espíritu en mis nobles compañeros.

Repentinamente comenzó á decirse que habia algunos interesados en restablecer en el mando al general Márquez, y aún se aseguró que él mismo lo gestionaba por medio de agentes que comisionaba para crearse prosélitos: esto que yo no podia creer, era desgraciadamente cierto; y digo desgraciadamente, porque no tenia dicho señor necesidad de aspirar al mando por medios tan poco dignos: yo se lo habia ofrecido de buena fé y no rehusaba obedecerle; pero él se excusó, conociendo acaso que la opinion en nada le favorecia. Visto que Almonte no contestaba á lo que le propusiera el señor general Zuloaga, se acordó enviarle por nuestra parte una comision, nombrando al efecto dos personas de crédito. De esto nos ocupábamos, cuando algunos jefes dieron cuenta con las cartas que dicho Almonte les escribió directamente, excitándolos á la rebelion contra sus legítimos superiores, á quienes inculpaba de estar de acuerdo con D. Manuel Doblado, lo que en su concepto de-

bía ser peor, que servir de instrumento á influencias extranjeras, entregando la libertad del país á un archiduque de Austria. Es necesario ser muy estúpido ó muy malvado, para imputar á otros la negra mancha que lleva consigo, el que como Almonte vende su patria, y no quiero decir más contra quien el mundo ha fulminado la más terrible sentencia. *Ordenábase* además (Almonte) á dichos jefes, obedeciesen en todo al general Márquez, á quien habia nombrado para mandar el ejército, y este señor vino poco despues á manifestarme con indignacion tal nombramiento, pues semejante acto lo juzgaba tan impropio como ridículo, por tratarse (éstas sus palabras) de un cualquiera, que sin títulos legítimamente obtenidos viene aquí á dar órdenes á quienes él debía obedecer, etc., etc. Esto me inspiró confianza, si pude dejar de tenerla al Sr. Márquez, por tantos avisos como se me dieron de que intentaba algo, y así con satisfaccion lo dije al Sr. general Zuloaga, á quien tambien se habian denunciado ciertos trabajos que se atribuian á los ayudantes del Sr. Márquez, de los que yo no quise hacer aprecio, por tratarse de personas pésimamente conceptuadas en todas partes. Si guieron llegando cartitas insidiosas de Almonte: yo no podia explicarme cómo un hombre que habia llegado á la más alta clase del ejército, aunque sin servir en él, se prestase á corromper tan sin pudor la moral y la disciplina de los subalternos: esto, y el no haber contestado sobre el programa y demás exigencias del Sr. Zuloaga, interesado como todos en traer el asunto á una vía franca que no comprometiese el honor nacional, todo esto, repito, me hizo abrigar sospechas, pues cuanto hasta entonces habia oído sobre monarquía y el archiduque austriaco, creí yo, como creían todos, que era una arma de partido de que se habia echado mano para exaltar el espíritu popular contra el mismo Almonte.

En este estado de cosas desaparece el general Márquez, y á poco se me dá parte de que al pasar por Tetetla y Atlixco, habia recogido las fuerzas de caballería que estaban allí destacadas, y á las cuales les dió orden en mi nombre para que hiciese lo que mandase el Sr. Márquez, un ayudante mio sobornado de antemano. La consideracion que yo guardé siempre á este señor, no quise perdersela todavía: me abstuve de precipitar mis disposiciones, limitándome á enviarle al jefe que mandaba en Atlixco, un ayudante que el

Sr. Márquez hizo poner preso, devolviéndolo á poco con una carta para mí, que insertaré al fin de esta manifestacion. La noche que antecedió á estos sucesos, el Sr. Márquez ocurrió al señor general Zuloaga, manifestando su deseo de reforzar la comision enviada á Almonte, y accediendo á su peticion, se puso un extraordinario á los otros señores, ordenándoles lo esperasen hasta que se les incorporase para que llegasen todos reunidos, y se le alistó una fuerte y lucida escolta, pues debia partir el dia mismo de su inopinada desaparicion.

Sin pérdida de momentos, y como temeroso de que se descubriese á tiempo el ardid de que se valiera para alzarse con la caballería, el Sr. Márquez no se detuvo en Atlixco; marchó inmediatamente en pos de Almonte, de quien poco ántes hablara en los términos más ofensivos: alcanza á los comisionados del Sr. Zuloaga, que lo esperaban según se les previno; trata con dureza á uno de ellos con quien tuviera añejos resentimientos, les recoje la escolta y los pone en la imposibilidad más completa de llenar su cometido. Así, pues, el Sr. Márquez, sin examinar los propósitos de Almonte, sin apoyarse en seguridades que salvaran cuando ménos su nombre ante la nacion y cuidándose bien poco del decoro de su patria, corre como fugitivo á ponerse al lado de los franceses rechazados en Puebla, trayendo con engaños brigadas de caballería, cuya formacion nada le debia.

Aun me quedaban fieles algunos cuerpos de esa arma que no pudo arrollar el Sr. Márquez, y toda la infantería, artillería y trenes acantonados en Chietla. Pensé, cuando ví que aquello no tenia remedio, en lo que seria prudente hacer, teniendo como tenia al enemigo en Puebla, en número muy superior, y como rara vez un hecho cual el de la desercion del Sr. Márquez, deja de causar males trascendentales á la moral, advirtiéndome en la division de infantería ciertos síntomas demasiado significativos, pues varios de sus jefes se dejaron impresionar por los vergonzosos ofrecimientos de Almonte, tomé al instante la resolucion, que aprobó el señor general Zuloaga, de emprender la marcha hasta donde aquel se hallase, conservando yo la esperanza de que despues que hablásemos franca y concienzudamente respecto de todo lo acontecido, y en particular de los intereses del país, conseguiria el programa que se le habia pedido, y que las fuerzas mexicanas obrasen separadas